Al verla Benjamin quedó asombrado,
Y á Rubén que el temor jamas destierra,
Le preguntó con paternal agrado,
"¿Pertenece esa vírgen á la tierra?
¿Desde cuándo los ángeles, oh amado,
Se unen al hombre que en el mal se aferra?"
Y en silencio quedó, y el dulce llanto
Humedeció sus párpados en tanto.

La jóven se acercó sin que en el suelo
Pareciera poner su planta breve,
Arrojando á la espalda el débil velo,
Blanco como al caer la floja nieve:
Y tierna alzando su mirada al cielo,
Dijo con voz armoniosa y leve,
"¿Darme no me quereis, oh padre mio,
Vuestra fiel bendicion como yo ansío?....

—¡Hija, esclamó el anciano, quien te vea,
Bendita te creerá, porque tú lo eres
Como tu alma dulcísima desea,
Como no habrá en la tierra muchos séres:
Tú eres bendita en la feráz Judea
Entre todas las cándidas mugeres;
¿La bendicion de un viejo qué seria
Para tí, ángel de amor, bella María?....

Y estuvo á punto de humillar sus canas
Delante de ella desde aquel instante;
Pues sus altas virtudes sobrehumanas,
Su dulce voz, y su mirar radiante,
La aureola de luces soberanas
Que brillaba en su angélico semblante,
Temblar el corazon habian hecho
En lo mas hondo de su anciano pecho.

CANTO DECIMOSESTO.

EL DIA DEL ENLACE.

El cádaver del hombre, caso es cierto,
Que no es hombre; que aquel que grande renombre
Se debe al alma; luego si no es hombre
El que sin alma yace helado y yerto,
Y yo sin alma vivo cuando advierto
Una rara hermosura, no os asombre
El no ser lo que fuí, pues de hombre el nombre
No le puedo tener despues de muerto.
Al veros os dí el alma en que vivia;
Al oiros otra alma he recibido:
Luego soy otro ya del que solia:
Porque si al alma ser hemos debido,
Y yo no tengo el alma que tenia,
Es preciso ser otro del que he sido.

Calderon de la Barca.

CANTO DECIMOSESTO.

EL DIA DEL ENLACE.

El mar de mi confusion
Se volvió á su tempestad,
Donde la serenidad
Fué mas susto á la razon.
DE UN INGENIO.

Llegó por fin el dia de plácidos amores
Dispuesto de María para la dulce union,
Primero de la luna llamada de las flores,
Para Rubén de dicha, de gloria y bendicion:
El que á quitar venia del alma los dolores
Que presa de las penas gimió y de la afliccion:
El dia de ventura, de paz y de favores,
En que dos séres forman un solo corazon.

María levantóse serena y sin anhelo
El alba refulgente magnífica al brillar,
La virginal corona vistiendo y blanco velo
La ceremonia augusta muy próxima al mirar:
Sencilla como nunca, y hermosa como el cielo
En la callada noche la luna al fulgurar,
Preséntase inundando de dicha y de consuelo
Las almas de los séres que la aman sin cesar.

Con espresion sublime de gloria indeficiente,
Alzó los bellos ojos al cielo perennal,
Y un esplendor divino brillaba en su alba frente
Como una aureola dulce de luz angelical:
Mas ¡ay! en sus megillas mas tiernas que el ambiente
Que besa de la flores el cáliz virginal,
La palidez se nota que se notó inclemente
El dia en que esta vida dejó por la inmortal.

Rubén y Sara al verla tan pálida temblaron,
Y hablar ninguno de ellos delante de ella osó,
Porque algo en su faz pura de espiritual notaron
Que religioso asombro terrible les causó:
En sepulcral silencio los dos la contemplaron,
Que cada cual helado su corazon sintió;
Y de ella á gran distancia con miedo se quedaron,
Con un respeto santo que el corazon heló.

Hácia el sagrado templo que la piedad cristiana
Llegó al Autor del Orbe con ansia á levantar
Ya próximo la jóven bellísima y galana
Con un grandioso séquito contenta á caminar,
Acércase cual ángel hácia su madre anciana,
Y su espaciosa frente la llega á presentar,
Para que en ella el beso feliz de la mañana
Imprima con cariño dulcísimo y sin par.

Y echándose á las plantas de Sara con anhelo,
La dijo con voz dulce, sonora y celestial,
"¡Oh! bendecidme, madre, sobre el mezquino suelo,
Para que el alma goce de un bien angelical."
Y en su cabeza hermosa sintiendo por consuelo
Las manos de la anciana, siguió diciendo leal:
"¡Sí, bendecidme, madre, para la tierra y cielo,
Con la ternura dulce del pecho maternal!"....

Tomando el brazo luego la tierna y fiel María
De su Rubén amado que estaba sin quietud,
Le trajo ante la anciana que bondadosa y pía,
Vencer solo anhelaba de su alma la inquietud:
Y haciendo se pusiera, lo mismo que ella hacia,
Delante de rodillas en prueba de virtud,
A su adorada madre cuyo dolor veia,
Le dijo con voz débil y al par con lentitud:

"Tambien, madre querida, que bendigais os ruego
Al que mi esposo en breve va á ser ante el Señor;
Porque él, madre adorada, va á reemplazar muy luego
A vuestra infeliz hija que amais con tanto ardor:"
Y al fin como inspirada, con dúlcido sosiego
Siguió la jóven pura diciendo con fervor:
"Ahí teneis al hijo que amais con tanto fuego;
Rubén, esa es tu madre, conságrala tu amor."

Al menos ahora, madre, sobre la tierra impía
No quedareis ya sola cuando me ausente yo.
—¡Qué quieres ¡ay! decirme!...qué quieres, hija mia!..
Con balbuciente acento su madre preguntó.
Aquella pobre madre que al fin caer veia
La espada que sobre ella colgada siempre vió,
Y cuyo filo agudo rozar casi sentia
Su trémula cabeza que el tiempo encaneció.

—¡Qué dices, ay, María, Rubén esclamó al punto
Cual un cadáver pálido, con el mayor pesar;
Y la infeliz María de perfeccion trasunto,
A entrambos cariñosa llególes á mirar:
Y á su infelice madre que de ella estaba junto,
Y al desgraciado amante que fué su bien sin par,
Con voz sonora y tierna, cual tierno era el asunto,
Les dijo, sus pesares queriendo consolar.

—¡No veis que ya la muerte sañuda me reclama,
Y que á dejaros pronto sobre la tierra voy?
Despues de haberla ansiado como un placer que se ama
Luché por tanto amaros contra ella firme hasta hoy:
Al ver que á vuestros pechos, que mi cariño inflama,
Os era tan preciosa, como infelice soy,
Vivir por ambos quise para premiar la llama
De vuestro amor intenso que disfrutando estoy.

Mas ¡ay! de mi existencia la fuente se ha secado:
Del cielo un cuerpo trage sensible, sin valor,
Endeble como nadie; pero á la vez dotado
De mas inteligencia, de mas intenso amor:
Amor é inteligencia que no les era dado
A mis humanos órganos sufrir, por mi dolor;
Y consumida muero por el amor sagrado
Que contener no puede mi cuerpo sin vigor.

El fuego de la gloria grandioso, indeficiente,
De que se vió embriagado mi espíritu inmortal,
Ha devastado, amigos, mi pobre sér doliente,
Mi ser hecho del polvo misérrimo y mortal,
Cual la inflamada lava de atroz volcan ardiente
Deseca de los rios el cauce perennal
Donde ha corrido un tiempo terrible y fuertemente,
Cegando con cenizas el límpido cristal.

¡Llorais por mí, infelices!... y aquesa es la amargura
Que Dios reserva á mi alma la vil tierra al dejar....—
Y se quedó en silencio la jóven tierna y pura
Pesares y tormentos mayores por no dar.
Y conmovióse toda cual en la escelsa altura
Conmuévense los ángeles de brillo singular,
Al ver de los humanos la pena y la tristura
Que agobia su existencia sin bien durable hallar.

—¿Por qué llorarme? dijo despues con dulce anhelo:
¿Por qué llorarme, oh madre, cuando es la muerte un [bien?....
Como en el mundo amadme cuando me vaya al cielo:
Como en el mundo amadme ternísimo Rubén:
Amadme, que yo en tanto que sobre el triste suelo
Permaneceis sin dicha cual sin quietud tambien,
Por ambos inundada de celestial consuelo,
He de velar constante desde el Eterno Eden.

¿De qué serviros, cielos, una infeliz podia
Cuya alma está sedienta de un infinito amor,
Que nunca saciar puede sobre la tierra impía
Las dichas ni placeres, ni el bien encantador?
¿Un ser que ansioso busca con sin igual porfia
La santa verdad llena de célico esplendor,
Y que de menos echa la gloria y la alegría
Que al lado disfrutara del Sábio Criador?....

¡Un sér cuyas ideas dulcísimas y santas,
Amor y pensamientos con que volvió á vivir,
No están en armonía con las ideas tantas
Que sobre el mundo llegan al hombre á combatir?....
¡Un sér que sobre el cielo mirífico sus plantas
Llegó á poner y eternas las dichas á sentir,
Y ve de las montañas y rios las gargantas
Sin brillo ni atractivo que halaguen su existir?....

¡Ah! y Dios que lee en las almas desde su escelsa altura,
Conoce si yo os amo con indecible ardor!....
Repuso entusiasmada con la mayor ternura,
Con la pureza santa del ángel del Señor.
Y dúlcidas dos lágrimas donde la luz fulgura,
Rodaron de sus ojos, cual perlas de valor,
Por sus cruzadas manos de celestial blancura,
Y al par por sus megillas de nítido color.

—Que os amo Dios lo sabe con fé la mas cumplida;
Mas no con sentimientos humanos sin valor,
Acordes con los vuestros á los que está rendida
Vuestra alma que no ha visto la gloria del Señor;
Sino con sentimientos divinos de otra vida,
Cual se ama tras la tumba que al hombre da pavor,
Con el amor de Cristo sobre la Cruz querida
Principio y fin de todo cariño y todo amor.

La muerte entre nosotros por siempre roto habia
Los mútuos sentimientos, la vida y la igualdad:
Ninguno de vosotros hablarme aquí podia
La lengua de los ángeles que hablé en la eternidad:
Ni nadie sobre el mundo mi idioma comprendia,
Idioma de los cielos, idioma de verdad:
Y sin querer, amigos, sufrir mucho os hacia,
Y yo tambien sufria sin encontrar piedad.

Sufria como el pájaro privado del ambiente,
Del aire de los cielos por donde audáz cruzó:
Cual el sediento ciervo que seca ve la fuente
Do siempre se abrevaba cuando la sed sintió.
Necesidad yo tengo del cielo refulgente,
Porque es el elemento del alma que allí amó;
Del cielo de que ha estado por tanto tiempo ausente,
Sin que en el mundo hallase la dicha que perdió!....

La faz con ambas manos sin paz, sin alegría,
Rubén cubrióse al punto con el mayor dolor;
Y lágrimas amargas del corazon vertia
Que en el pesar primero se arrojan con ardor:
¡Despues, mas adelante ya el corazon se enfria
Y á endurecerse llega perdido su vigor,
Debajo cicatrices sin cuento que á porfia
Imprime el tiempo siempre con golpe aterrador.

—¡Rubén, siguió María poniendo su alba mano
Sobre las manos trémulas de aquel que tanto amó;
¿Qué hubieras hecho, díme, sobre este mundo vano
Con una esposa triste, sin gusto, como yo?....
Rubén, ya no estoy apta, por mas que aquí me afano,
De la infelice vida para las cosas, no:
Que escepto amarte siempre cual se ama á un tierno her-
(mano,)
Ya lo demas del mundo mi pecho lo olvidó.

Sí; escepto amarte, todo lo tengo ya olvidado,
Por tédio á los afanes mezquinos del mortal....
¡Perdóname el que hacerte feliz no haya logrado!....
¡Ah!....en vano hubiera sido mi intento, por mi mal!....
La tumba entre nosotros por siempre ha colocado
Un insondable abismo terrífico y fatal....
¡El cielo me reclama como ángel desterrado!....
¡Volver quiero á la patria do el bien es eternal!....

Y tú, madre querida, de mi existencia encanto,
A quien sumisa se halla mi entera voluntad:
Dí que consientes deje la tierra del quebranto
Por la region do habita la Eterna Magestad.
Gozar yo no podria del bien del cielo santo
En toda su grandeza de eterna inmensidad,
Si tu alma inconsolable vertiendo acerbo llanto
Por siempre me llamase sin encontrar piedad.

La voz ¡ay! de una madre sensible y desolada,
Aun turba la alta dicha del que en el cielo está.
¡Oh madre mia!.... dame tu bendicion sagrada
Y déjame que parta feliz del mundo ya....
Y la amorosa Vírgen en lágrimas bañada,
Abraza las rodillas del sér que á dejar va,
Y espera humildemente, con fé y arrodillada,
La bendicion de Sara que siempre sufrirá.

¡Cruel! tú no eres madre.... no lo eres todavía
Y el sacrificio ignoras que pides á mi amor....
La anciana dijo henchida de atroz melancolía,
Temblando y consternada, con sin igual dolor.
¡No sabes lo que cuesta perder en solo un dia
Un hijo á nuestros pechos criado con ardor!....
¡Oh!.... el sacrificio es grande.... grandísimo, María,
Que exige hoy de esta madre sensible, el Salvador!

Y se quedó en silencio, sin fuerzas un instante
Y sin valor la pobre para poder seguir;
Pero sacando el resto de su energía amante,
Como la Vírgen santa mirando á Dios morir,
Siguió fijando en ella su pàlido semblante,
Y todos los pesares resuelta ya á sufrir,
Sus manos colocando con un amor constante
Encima la cabeza del sér que iba á partir:

—¡El Sér Omnipotente bendígate, hija mia,
Y él quiera devolverte por su alto amor sin par,
Las dichas inefables que yo insentata un dia
Te arrebaté, á este mundo trayéndote á penar.
¡El te devuelva, amante, la paz que yo, María,
Con votos insensatos te conseguí quitar,
Y para mí reserve sobre la tierra impía,
Las penas y tormentos, el llanto y el pesar!....

Y luego con voz débil, cual si estuviese falta,
Para seguir hablando, de fuerza y de vigor,
Siguió, "¡Parte á la gloria de Dios eterna y alta
¡Oh fiel alma inocente de la hija de mi amor!....
Sí; parte al bello trono mírifico que esmalta
La luz que de sí vierte la faz del Criador,
Y allí la eterna dicha que ya en tu faz resalta
Disfrutes, mientras gimo yo presa del dolor!....

—¡Oh madre, madre amada!...Dios nuestras almas mira
Y pronto ha de reunirnos en su feliz mansion!....
Y hácia Rubén volviendo que sin cesar suspira,
Leyó que esto pensaba su triste corazon.
"¡Así mis ilusiones dulcísimas retira
La suerte que contraria se muestra en mi afliccion!....
¡Bien hice sus palabras en creer que eran mentira!....
¡Bien hice en sus promesas dudar y en su pasion!....

—Rubén, dijo María con la mayor dulzura,
Leyendo el pensamieuto de amante tan leal,
Tú que eres el encanto y el bien de mi alma pura,
A darme ven el nombre de esposa celestial:
Que así en el ancho cielo que sobre el sol fulgura,
A unirnos volveremos por dicha angelical;
¡Ven ya, que nos aguardan: ser tuya es mi ventura,
Marchemos hácia el templo de un Dios puro, inmortal!...

Y en el instante mismo la jóven de honor copia
A andar hechó hácia el templo cercada de esplendor
Sin ruido deslizándose con la presteza propia
De un cuerpo á disolverse ya próximo en su ardor:
Rubén que las virtudes del fiel cristiano acopia
Le sigue con tristeza mezclada de pavor,
Y Sara que las penas mas hórridas se apropia
Llorando va á su lado transida de dolor.

CANTO DECIMOSEPTIMO.

LA VUELTA AL CIELO.

¡Válgame Dios, qué favor,
Muger al alma previenes!
¿De quién amparada vienes
Que tu resplandor me ciega?
Un mar de fuego me anega!

Calderon de la Barca.

CANTO DECIMOSEPTIMO.

LA VUELTA AL CIELO.

Los sublimes acentos de ese coro
De bienaventurados,
Y los ecos pausados
Del órgano sonoro,
Que cual de incienso pavorosa nube
Al trono santo del Eterno sube,
Difunden en mi alma
Bálsamo dulce de consuelo y calma.

Angel Saavedra.

Con telas de bellísimos colores
Se presentan vestidas las doncellas,
Hermosas cual la luz que entre las flores
Derraman cintilando las estrellas;
Tiernas como la voz de los amores
Que se ocupa de dúlcidas querellas:
De suave aliento como el blando aroma
Que al aura presta la fragante poma.

Guirnaldas bellas del color del ampo
Sobre sus sienes virginales muestran;
Y llevan rosas del florido campo
Que al fértil Mayo su valor secuestran:
Sus ojos brillan como el ígneo lampo
Con que los rayos su poder demuestran;
Y en ellos brilla la ventura indemne
Que es en los que aman al Señor, peremne.

En canastillos con los juncos hechos
Que cerca crecen de las toscas grutas,
Entre menuda grama y entre helechos
Llevan sabrosas y esquisitas frutas:
Bollos de harina de figura estrechos
Con pasas dentro por el tiempo enjutas,
Que á los novios que dan de honor ejemplo,
Presentar deben al salir del templo.

Fuertes mancebos, por demas gallardos
Junto aquel grupo de doncellas lindo,
Llevan claveles nácares y pardos
Y frescas hojas de vistoso guindo;
Pintadas flores y fragantes nardos
Y ramas de laurel y tamarindo,
Con que la calle hasta la Iglesia alfombran,
Para obsequiar á la que santa nombran.

Des que por vez segunda al suelo inmundo
Volvió del cielo la sin par María,
Sus compañeras que apreció en el mundo,
Se desviaron de la jóven pía;
Porque esclamaban con terror profundo
Como Moisés cuando la zarza ardía,
" Dios está ahí, donde llegar no puedo "
Y huian llenas de invencible miedo.

Mas de su enlace al escuchar la nueva
Todas á darle el parabien acuden,
Así mostrando la infalible prueba
De que su vista ni amistad eluden:
Y por el rumbo que hácia el templo lleva
Todos la esperan sin que en verla duden,
Y arrojan flores por el suelo en breve
Que huelle tierna con su planta leve.

En la ancha puerta de la casa hermosa
Que entrambos novios en Gedora ocupan,
Por ver la faz de la muger dichosa
Con hondo afan y con placer se agrupan:
Todos esperan á la tierna esposa,
Y el lugar en que están no desocupan.
Pues ver de cerca á quien vivió en el cielo
Es de la gente el singular anhelo.

Pronto una voz con ansiedad anuncia
Que al templo sale la sin par doncella;
Y apenas un aciano la pronuncia
Cuando fija su vista el pueblo en ella:
Sale la jóven que á la paz renuncia,
Cual siempre pura, como nunca bella,
Causando asombros, inspirando amores,
Cogiendo elogios, y pisando flores.

En medio marcha, con serena frente,
De seis amigas de belleza estrema,
Brillando entre ellas como el sol fulgente
Entre astros mil en la mansion suprema:
Muda de asombro y de placer la gente
La espera ya sin que su encuentro tema,
Y la vírgen hácia ella se adelanta
Con faz risueña que al concurso encanta.

Apenas toca con su planta leve
El de azucenas alfombrado suelo,
Y como un sér espiritual se mueve
Sin fatigarse, sin afan ni anhelo;
Mas que un sér frágil de la tierra aleve
Parece un angel del fulgente cielo,
Que se adelanta sin hacer ruido
Entre el cielo y la tierra suspedido.

Y al ver la esperan con afan sin cuento
Afuera amigas de su tierna infancia,
Las abrazó con fraternal contento
Tener mostrando en la amistad constancia;
Y con voz dulce y delicado aliento
Que exhala tierna y celestial fragancia,
Estas palabras les dirige amante
La fé brillando en su sin par semblante.

" Poned en Dios á quien constante adoro,
Vuestras riquezas del ladron seguras:
Que allí donde teneis vuestro tesoro
Teneis el corazon, vírgenes puras:
Del Eterno implorad, como yo imploro,
El dulce amor en nuestras penas duras;
Y esperad su venida cual yo espero,
Siempre dispuestas en el mundo fiero. "

" Rogad por mí, cuando me mire ausente,
Con gran fervor al Hacedor del cielo,
Y á borrar no llegueis de vuestra mente
Mi fiel memoria en el mezquino suelo:
Que yo en pago tambien constantemente
Presentes os tendré con santo anhelo:
¡Adios, no me olvideis!.... tierna os lo pido,
Que yo tampoco os dejaré al olvido...."

Este lenguaje sorprendió á la gente,
Porque por medio de Rubén sabia
Que el ángel bello como el sol fulgente
En el pueblo á vivir se quedaria;
Y al ver que al ir al templo reverente,
Cual si fuera á partir se despedia,
A entender el enigma no acertaba
Que en aquellas palabras se encerraba.

Pero el asombro y la afliccion se aumentan
Al ver que luego tras la jóven pura,
Tristes Rubén y Sara se presentan
Agoviados de pena y de amargura:
En sus semblantes el placer no ostentan
Propio de un dia de sin par ventura,
Y mas que á un acto de eternal consuelo,
Parece van acompañando un duelo.

Marcha hácia el templo como nunca bella
La amable novia conquistando amores,
Dejando apenas de su paso huella
Sobre la alfombra de fragantes flores:
La comitiva con afan tras ella
Va al cielo alzando y á su Dios lóores,
Y al penetrar en el augusto templo
La dá Maria de humildad ejemplo.

Sus lábios besan con respeto santo
El polvo débil del mezquino suelo,
Y humedecidos con el dulce llanto
Sus ojos fija en el fulgente cielo:
Luego apoyada con amor y encanto
De su madre en el brazo sin recelo,
Dice á Rubén con fraternal ternura,
Con nunca oída y celestial dulzura.

—A Dios, Rubén el corazon levanta
Y no lo dejes abatir de pena.
¡De nuestras bodas la belleza es tanta
Que el cielo al verlas de placer se llena!
Del ancho templo la hermosura encanta
Donde del justo la oracion resuena;
Y se sonrié de ventura el suelo
Y al par los séres del fulgente cielo!....

Tú los conciertos de la eterna gloria
Oir no puedes, como yo, bien mio;
Porque aun se encuentra tu veráz memoria
Sujeta al mundo que dejar ansío:
Mas cuando el alma la mortal escoria
Del cuerpo deje sobre el mundo impío
Y á unirse vaya con la amante mia,
Los ha de oir anonadada y pía.

El himno escucha celestial y tierno
Que los radiantes querubines alzan
Tras la ancha altura al Padre Sempiterno
A quien de hinojos sin cesar ensalzan:
¡Honra, gloria y amor al Sér Eterno
A quien la luna y las estrellas calzan!....
¡Rubén, mi pecho de placer se inunda
Con una dicha divinal.... profunda!....

No lo entristezcas con el duro llanto
Que estoy mirando en tus amantes ojos:
Mezclar no quieras á mi dulce encanto,
Las duras penas que te dan enojos!....—
Pero Rubén en su fatal quebranto
En este mundo de dolor y abrojos
Resignarse á perderla no podia,
Y destrozado el corazon sentia.

Sara tan solo sin alzar la vista
Mostraba estar ante el dolor, serena:
Oh! qué serenidad!.... ella contrista
Al pueblo entero, y de pesar le llena:
Pero una madre, aunque sufriendo exista,
Puede ocultar su destructora pena,
Y aun consumar el sacrificio cruento
De su mismo dolor y sufrimiento.

—¡Rubén, siguió la celestial María,
Juntos por la vez última en la tierra
Adoremos al Sér que el bien envia
Y en quien la gloria perenal se encierra;
Al que á estas bodas en tan fausto dia
Del cielo asiste y que el dolor destierra;
Eternas bodas que de aquí á un instante
Iré á la gloria á celebrar constante.

Do nuestras almas por su Dios unidas
Libres de llanto y de dolor impío,
Formen una existencia de ambas vidas,
Y un solo corazon y un albedrío:
Donde siempre una en otra confundidas
Se embriaguen en un bien que fué antes mio,
Y ensalcen al Autor del firmamento
Formando un solo amor y un pensamiento.—

Luego volviendo el celestial semblante
En que brillaba un resplandor divino,
Hácia su triste y desgraciado amante
Que lamentaba su infeliz destino,
Le dijo tierna, con pasion constante,
Y con acento celestial y fino:
—¿Rubén, me aceptas, para ser dichosa,
Por tu querida y celestial esposa?

—¡Ah! sí.... esclamó con conmovido acento
Rubén, cayendo de rodillas, triste:
¡Tuyo por siempre!.... que en amarte siento
El bien mayor que sobre el mundo existe.
—¡Por una eternidad!.... dijo al momento
La hermosa jóven que al dolor resiste;
Y orando queda con fervor profundo
Llanto vertiendo que le arranca el mundo.

Y mientras ora con fervor interno
Al Ser que el orbe con su voz formara,
Los une un fiel ministro del Eterno
A quien la gracia del Señor ampara:
Henchida el alma del amor mas tierno,
Ruega por su hija la afligida Sara;
Y al concluir la ceremonia pía,
Dijo á Rubén la angelical María.

—¡Amado esposo, cuyo bien deseo
Sobre este mundo de dolor y agravios;
El beso celestial del himeneo
Tierno recibe de mis rojos lábios:
Sobre la tierra en que sufrir te veo,
Jamás olvides mis consejos sábios;
Ni eches jamas de tu feliz memoria,
Que yo te aguardo en la adorada gloria!....

¡Rubén!.... ¡Rubén amado!.... ¡madre mia!...
Dijo con voz debilitada y tierna:
Muere amando á los dos vuestra María
Y consumida de pasion interna....
De una pasion inmensurable.... pía....
Toda de Dios.... incomprensible.... eterna....
¡Adios!.... ¡Adios!.... Adonde está el querube
Mi alma al dejaros consolada sube!....

Y sin que el cuerpo al espirar le abrume,
El alma exhala celestial y pura,
Como una flor su embriagador perfume
Suele exhalar con sin igual dulzura:
Sara en su mente con dolor resume
Sus pasados pesares y amargura,
Y queda inmóvil, muda y abrumada,
Sobre el cuerpo glacial de su hija amada!....

.....

.....